



Paisaje de la Martinica

En una ocasión dijo Gauguin que Velázquez — a quien llamó *imperial*— y Rembrandt — a quien llamó *profeta*— se podían apreciar no mal en reproducciones, porque, a pesar de todo, eran pintores esencialmente dibujísticos. De él mismo no hubiera querido, a buen seguro, que pudiera formularse tal pensar, ya que su lucha fué precisamente por el color. Sin embargo, los simples mortales que pasamos y arrastramos nuestra vida en la villa madrileña no podemos admirarle más que en diseños y fotografías. Pero si de su pintura no podemos gozar con plenitud —¡oh! pobreza de nuestros museos de arte moderno!—, al hombre sí podemos imaginárnoslo por lo que él describió y por lo que de él se ha escrito. Hombre extraordinario. Verdadero héroe, que, por tanto, pareció a muchos loco y a no pocos immoral. Tenía la primera condición del héroe: tenía raza. O, mejor dicho aún, *dos razas*, como él mismo dijo. No era, empero, un mestizo, sino el heredero de dos sangres ilustres: la española y la gala. Porque Gauguin descendía, por línea materna, de antiguos virreyes españoles. De lo que se enorgullecía, exagerándolo. Mas en la exageración algo había de verdad. En efecto, su abuela, Flora Tristán, era hija de un militar español, don Mariano Tristán Moscoso, aragonés de origen, quien pasó en los



Isleños. 1892